

La contestación a estas y otras preguntas similares es sencilla o difícil. Todo depende del color del cristal de las intenciones, y nadie ignora que del mismo modo que no hay respuestas prudentes, tampoco existen preguntas inocentes. La respuesta sencilla sería —es— ésta: nos hallamos frente a preguntas que no quieren —no admiten— respuesta, porque no la necesitan, puesto que todo lo que ocurre en poesía desde la poesía misma se explica; he ahí el texto: leedlo. Pero bien pudiera ocurrir que una respuesta tan simple se convirtiera en —o fuera tomada por— simplista y, por ello, despreciada y escarnecida en su pretendida validez. No estará mal, me parece, buscar la respuesta difícil, aunque sin pretender exprimirla en todo su complejo zumo que es insondable y caudaloso y, por supuesto, ahorrando al lector la confirmación ejemplificada de mis asertos, puesto que siendo toda la primera parte de este trabajo un ejemplo solidariamente compacto de decenas de ejemplos menores, abusivo me parecería volver sobre ellos en esta segunda parte para la que he querido un talante meridianamente sintético.

Para Vallejo, en el principio existió la madre, la familia. En un ambiente medularmente empapado de esencias religiosas, entendidas en el más estricto y tradicional sentido de los términos, y tenazmente empeñado en una convencida y auténtica asimilación vivencial de esas esencias, la oración hogareña de la tarde, el aprendizaje de la doctrina cristiana, la asistencia indefectible y ejemplar a las ceremonias litúrgicas, a los sermones y actos piadosos, y la escucha primero y lectura después de libros sagrados, fueron elementos conformadores de una realidad sacralizada en la que las formulaciones lingüísticas nacían pletóricamente preñadas de vocablos bíblicos, evangélicos, litúrgicos, catequéticos, piadosos y cristianos. Si a esto se añade la esperanza ilusionada que sus padres —hijos los dos de dos sacerdotes españoles— abrigaban de que germi- nara, floreciera y madurara en el «cholo» la vocación sacerdotal, y el adoctrinamiento suplementario que a tal fin ellos le daban, de modo singularísimo la madre, desde su infancia más tierna, no es desatino afirmar que Vallejo, desde esa infancia, fue un conocedor casi experto del vocabulario religioso. ¿Puede resultar extraño que, atrapado por su auténtica vocación, la de poeta, recurriera, para dar cauce y senda a sus impulsos creadores, al depósito del lenguaje conocido y que, como su lengua materna que era, usaba con facilidad rutinaria, con inadvertido placer psicológicamente compensador, y a manera, por tanto, de la herramienta más eficaz y casi única para lograr la expresividad apetecida en el quehacer poético? Me parece evidente que la respuesta a esta pregunta debe ser una negativa tajante. Más tarde vendrían las lecturas adultas de la Biblia, libro en el que han ido a beber su divina inspiración todos los grandes poetas de Occidente —como alguien dijo con donosa frase, dejada caer en el ámbito de una retórica que, saltando las bardas del corral de lo cortés, se despeñaba por los huertos vanamente verdecidos de una ampulosidad de jungla ecuatorial—. A su disposición tenía, pues, Vallejo, un codificado sistema de referencias, cuya utilidad y productividad entendió como evidentes. Y echó mano de él. Es interesante comprobar cómo, a medida que nuevas lecturas y nuevas ideologías —con sus soportes lingüísticos tan férreamente anclados y enhiestos como los de su Biblia primera— van abriéndose camino en la personalidad de Vallejo, se convierten también en depósitos, ahora de municiones lingüísticas, a los que él acude cada vez más asiduamente y a fardel colmado, al tiempo que abandona insensiblemente los lejanos depósitos primordiales... Todo

un indicio —éste sí— muy digno de estudio para el conocimiento en hondura de la personalidad del «cholo». Pero más interesante es comprobar cómo, en el atardecer de su vida, cuando ya ve cercano el final de su viaje, más lejos de lo lejos, al Misterio, y cuando el estallido de la Guerra Civil Española reduce trágicamente a polvo sus esquemas mejores, se refugia como un niño —como el niño que siempre fue— en el regazo de la madre, ahora España, y tornan a los labios de su alma —de su pluma— los verbos sagrados del hogar primero y único, y brota —lápida de ímpetu imparable— del suelo pedregoso de todo su ser en retirada ya, esa escalofriante inscripción que se llama *España, aparta de mí este cáliz...*

Vallejo embocó su anhelante sorbo poético primero en los chorros del Modernismo. Y esos chorros manaban agua bendita. Basta leer a Rubén Darío o a Herrera y Reissig, dos de las torres de Dios, poetas, más admirados —e imitados— por Vallejo el joven. ¿Cómo no quedar salpicado del uso frecuentísimo que los poetas modernistas hacían de las referencias religiosas? Vallejo quedó salpicado, empapado hasta los huesos, y *Los heraldos negros* lo gritan. Pero, haciendo justicia a unos y a otro, todos admitimos que, aunque visceralmente unido a la tradición literaria que constituía la atmósfera en la que respiraban, vivían y creaban los poetas —modernistas— de su juventud, y compartiendo un casi idéntico modo expresivo, algo lo diferenciaba de todos y de cada uno de ellos, y, en concreto, la supresión del paisaje remoto, exótico e inasible, filtrado por los aires frívolos de París, y su sustitución por el paisaje, austeridad y cercanía, de la serranía andina. Pues bien, a mi modo de ver, el uso abultado de referencias religiosas, aunque común a todos —o a casi todos— los poetas modernistas, tiene en Vallejo una complejidad de más convincente poética. Y creo que ello es así en virtud de su adherencia a la realidad local, codificada, en cuanto adusta, exigente y dura, desde la cuna del pequeño «shulca» de Santiago de Chuco. Como los modernistas, pues, Vallejo acudió al tesoro de las referencias religiosas, entendidas como valores exclusivamente formales, y, como ellos, intentó sacar el mayor partido posible de su utilización funcional. A fe que lo consiguió, tal vez con eficacia superior a la de muchos otros, por la sencilla razón de que dominaba el prontuario de referencias mejor que ellos. Para lo cual, evidentemente, no se precisaba ser creyente o ateo, ni tener intención de hacer poesía religiosa o profana. Estamos en el taller del artista, no bajo las naves sagradas de un templo.

5. Pero nos las habemos con textos poéticos, objetivados y formalizados de una manera única e irrepetible, porque no hay sinónimos de recambio para la palabra poética. Nos queda, sola, solitaria, la inscripción en la lápida. Contemplémosla en silencio. Ya no se oyen los golpes certeros y cuidadosos del cantero grabando letra a letra, verso a verso, los signos de la inscripción. Ya no se oye el lamento de la piedra al saltar en pequeñas esquirlas. Se los tragó el silencio. A él también. A Vallejo. Atinara o no, cabestró inexorablemente su bruto hacia los Andes occidentales de la Eternidad.

El lo sabía. Tratándose de textos, no podía pedir a ningún campo préstamos que no fueran de naturaleza lingüística —porque el texto es un ser lingüístico—. Y, una vez trabajadores en su viña, esos préstamos debían desempeñar su tarea uniformados con el traje con el que él quisiera vestirlos para desempeñarla, y enterados a cabalidad

de las funciones que él les distribuyera. Y así lo hicieron. Y la inscripción es testigo; único, pero suficiente.

Las funciones externas del lenguaje han sido estudiadas y reducidas a síntesis —una síntesis celebrada con justísimo merecimiento— por uno de los lingüistas más eminentes de todos los tiempos: Roman Jakobson —también ya mera inscripción lapidaria—. Esa síntesis —como es archisabido, y perdone el lector que lo escriba aquí— parte de los factores del hecho del habla —hablante, mensaje, oyente— y, centrándose en el mensaje como quicio y dato objetivo, establece las seis conocidísimas orientaciones o funciones del lenguaje,²⁹⁸ de acuerdo con las relaciones que el mensaje establece con los hechos del habla y, además, de acuerdo con las que establece también con el contexto o realidad, con el canal de transmisión, con el código en que el mensaje está cifrado, y consigo mismo. Cuando el mensaje se orienta hacia el hablante o emisor, la función se llama *emotiva* o expresiva. Cuando lo hace hacia el receptor, tenemos la función *conativa*. Cuando se orienta hacia el contexto o realidad, la función es *referencial*. Cuando se orienta hacia el canal, la función se llama *fática* o de contacto. Cuando lo hace sobre el código empleado —que no es otra cosa que el vocabulario, ordenado de acuerdo con unas determinadas reglas gramaticales—, la función es *metalingüística*. Cuando, finalmente, el mensaje se orienta sobre sí mismo, estamos ante la función *poética*.

Sé que estas seis funciones pueden reducirse a una sola, la designativa o *referencial*, matizada de acuerdo con el término final —referente— de la relación u orientación del mensaje. Pero hace juego a mis intereses la consideración del esquema de Jakobson, al menos en cuanto a la declaración definitoria —o explicativa— escrita líneas arriba.

En consecuencia, el *emisor* (autor, escritor, poeta) César Vallejo quiso emitir un *mensaje* (discurso, texto, obra) poético —y lo hizo—, y quiso que ese mensaje fuera captado y entendido por un *receptor* (lector). Adoptó el esquema de la comunicación, pues. Al hacerlo, era consciente —aunque no lo formulara en esta jerga a la que nuestra deformación profesional nos ha ido arrumbando a los menestrales del ramo— de que, para que el mecanismo de esa comunicación funcionara a rendimiento satisfactorio, debía inyectar en el mensaje (informarlo de) la carga de energía semántica suficiente para ello; y, además, excitar todos y cada uno de los puntos de referencia del mensaje mismo, para que todos y cada uno estuvieran en condiciones óptimas de funcionamiento. A tal fin, recurrió —recurrió a más cosas, claro está, pero no vienen a cuento aquí—, recurrió, digo, al empleo de las *referencias religiosas*. Esto quiere decir que consideró a la Religión como referente de la función referencial de su mensaje, es decir, como algo situado en el contexto o realidad extratextual (pero contextual), y capaz de mantener una relación con el mensaje mismo. ¿Por qué recurrió Vallejo a este referente concreto?

²⁹⁸ Empleo aquí como cercanos, equivalentes e intercambiables los términos «función» y «relación», a sabiendas de que estoy bordeando la incorrección, ya que, en rigor, no es lo mismo la «función», tal como la entiende Hjelmslev —dependencias uniformes de un objeto respecto a otro, o partes de un objeto relacionadas entre sí—, que la «relación», tal como es entendida por otros —medio o instrumento de algo para conseguir algo—. En lo que a este trabajo respecta, sirven las dos concepciones de «función»; más aún: pueden ser empleadas las dos de manera complementaria y simultánea. No tengo inconveniente en hacerlo, en función de la claridad de lo que quiero decir y de su eficacia retórica, es decir, convincente y persuasiva.